

**que se consideran improductivas, como la infancia, quedan relegadas en diversos aspectos sociales.**

**¿Crees que ese adultocentrismo se ha infiltrado en el ámbito cultural?**

Desde luego, aunque comparado con el tipo de libros o programas para niños que a mí me tocaron, ya no se diga los contados libros infantiles que hubo en el siglo XVII, quizá como nicho de mercado la infancia y la adolescencia se han vuelto significativos. Pero creo que, en efecto, seguimos atravesados por una idea de productividad un poco sospechosa en el sentido de que todo este ajeteo, todo este trabajo, ¿para qué? ¿Quién se beneficia? Sabemos que se beneficia el uno por ciento de la población, así que por qué no parar y decir: “podríamos estar sin hacer nada, contemplando la puesta de sol o sembrando un jardín”. Todos los momentos donde se rompe con esta preeminencia de la productividad tienen mi completa simpatía, ya sea niños jugando, adultos negándose a hacer algo o comunidades haciendo huelga. Todas esas rupturas del mandato de la productividad son como fisuras de un tejido que tal vez sea insostenible a la larga y que todavía nos atraviesa y nos exige, pero que probablemente está llegando a su límite.

**El hecho de vagar sin rumbo podría entrar dentro de esas rupturas. En tu caso, ¿cómo ha evolucionado ese acto de caminar por caminar desde que eras un niño hasta ahora?**

La verdad es que desde niño me atrajo la calle. Alguna vez no nos dejaron entrar a mi hermano y a mí a la escuela porque llegamos muy tarde; mi papá nos dejó, pero se fue. No había Uber ni celulares en ese entonces, y en lugar de buscar una solución decidimos regresar a pie. Bueno, en realidad lo decidí yo y arrastré a mi hermano a la aventura. Era porque me gustaba la idea de vagabundear.

A partir de entonces he ido entendiendo en qué consiste este placer de caminar sin rumbo. Tiene que ver con darle la espalda al deber. El primer autor donde yo lo vi claramente escrito (tengo mi biblioteca de escritores paseantes) fue Thomas de Quincey. En su libro *Las confesiones de un comedor de opio inglés* él cuenta que salía a la calle en un estado alterado de conciencia, después de haberse metido sus buenos frascos de láudano. Lo que le gustaba era ir a contracorriente de la vida práctica. Iba al mercado, pero no iba a comprar; iba a ver a la gente comprando; iba a la ópera y, en lugar de entrar, veía a la gente saliendo del teatro. Esto lo hacía todo el tiempo vagabundeadando. Me di cuenta que ahí había una clara voluntad de no sólo romper con el deber de ir del punto A al punto B, sino de llevarle la contra a las dinámicas sociales de una manera muy exquisita; un poco para explorarlas, un poco para dar un paso al margen. Eso es el



principal atractivo que yo encuentro al caminar, además de que está lleno de recompensas perceptivas, de anécdotas, de riqueza sensorial.

**Hay adultos que recuerdan la infancia como una época en la que todo fue felicidad y esto se tiende a idealizar. ¿Cómo puede afectar a los niños esa expectativa de mostrarse siempre alegres por ser niños?**

Creo que está bien romper con este estereotipo monolítico de la infancia y darse cuenta de que tiene matices, que la experiencia de un niño es muy amplia y que tal vez hay que dejar que atraviesen diferentes experiencias, que las conozcan.

Es muy interesante que como padres o como adultos no queremos que nuestros hijos, o los niños que tenemos cerca, estén tristes. Los queremos